







LOTERÍA NACIONAL

Sorteo celebrado el 20 de Mayo.

Table with columns for Premios Mayores (Números, Pesetas, Pueblos) and Premiados con 500 Pesetas (Decena, Centena, Mil, Dos mil).

Table with columns for Tres mil, Cuatro mil, Cinco mil, Seis mil, and Sete mil.

Table with columns for Diez mil, Once mil, Doce mil, Trece mil, Catorce mil, and Quince mil.

Table with columns for Diecisiete mil, Dieciocho mil, Diecinueve mil, Veinte mil, Veintiuno mil, and Veintidós mil.

Table with columns for Veinticuatro mil, Veinticinco mil, and Veintiséis mil.

CARTEL ANUNCIADOR

Funciones para hoy: Zarzuela, Certamen nacional (reformado), La guarra amarilla, La buena sombra, Coartier y baile andaluz, etc.

Advertisement for Tonicina Granulada Espinar, a tonic and nutritive product for the stomach.

Advertisement for Pasta Pectoral del Dr. F. Borrell, a medicinal product for respiratory ailments.

Advertisement for Sociedad General de Anuncios de España, offering advertising services.

Advertisement for Compañía Colonial, selling coffee and chocolates.

Advertisement for Máquinas para Coser (Sewing Machines) and other products, including a list of agents.

—¿Entregas el collar? —Por Dios santo, que vuestra hija es acreedora a mucho más. —¿Qué quieres dar a entender con eso? —Voy a referirte todo, pero a solas. —Habla, que no se requieren ya reservas. Mas como había varios visires, y entre otros el malvado visir mayor presente, dice Kafur: —Tendéme vuestra ropa en señal de seguridad. El rey lo hace así, y entonces Kafur prorrumpió: —Al llegar, ¡oh rey!, á la estancia de Hayat Alnufa, me encontré con el estrado guardado de sofás, hachas ardiendo y vajillas llenas de vino. Vi á la señora tendida sobre un rufo de los lechos, con un manco en sus brazos más rubio y lindo que el sol. Hasta este punto se ha propasado la princesa, odiando más y más siempre á los hombres. Cerré la puerta y vine al punto á participaros la novedad. El rey, al oír esto, se levanta, manda llamar al portero y, esforzándose, le dice: —Toma tu gente, anda á los estrados de la princesa, y apéandola de su trono tráemela con el que está en su compañía, y á quien se te oponga, cercénale la cabeza. Suspiró Scheherazada su relación por ser ya de día, y á la noche siguiente continuó de esta manera: —Cumple el portero el mandato; entra en el estrado de la princesa, donde la halla sentada, como también al manco. —Princesa,—le dice,—baja de ese lecho con el manco en la idéntica forma que os halló Kafur, pues me manda el rey que os lleve así á su presencia, y que arroje la cabeza á sus pies á quien se oponga. Temerosa Hayat Alnufa, tanto por la vida del príncipe como por la suya propia, contestó: —No cabe jamás aquí desobediencia, y nos pondremos como estábamos, dejando nuestra suerte en manos de Dios, á cuyo albedrío se rinde todo. Así lo hacen, y tales los presentan al rey, quien los pone pateras, y el mirar ya levantada á su hija, desenvaina su alfanje para decollarla. El príncipe, al ver aquel ademán, se interpone diciendo: —Ob, gran manco, ninguna culpa tiene! Yo soy únicamente el reo; degolláme antes. El rey vuelve sobre él su amago; pero se adelanta la princesa y clama: —Padre y rey mío, acabad conmigo, y no lastiméis á ese manco, que es hijo de un rey y poderoso. Al oír esto, el rey se dirige á su visir preguntándole: —¿Qué opinas en esto? —Me parece,—contesta el visir,—que quien se halla en tal situación apela siempre por vía de recurso á una mentira; y así, se les debe cortar la cabeza, castigando antes y más tremendamente á la princesa. Manda el rey venir al verdugo, quien se presenta con dos mazos, sus ministros infernales, y el rey le ordena que se lleven á su hija y al príncipe y sin dilación les corten la cabeza. Al oír el sayón estas palabras, le echa la mano al hombro para llevarla, y el rey le grita: —¿Cómo, perro malvado? ¿Te muestras compasivo estando yo furioso? Agítármela por la cabellera y acábala su agonía cuanto sea dable. Envaina su alfanje, y la princesa se va rezagando algunos pasos con el afán de su príncipe. El rey esgrime la espada hasta tres veces sobre sus cabezas, mientras todos los presentes, á cual más ansiosos, se están condeliendo de entranbas y rogando á Dios que envíe algún intercesor por ellos. Alza el verdugo su alfanje ya en disposición de desgargar el golpe, cuando suena una grandísima gritería, y asomándose á una ventana, divisan inmensa polvareda allá lo lejos. Todos tiemblan, y el sayón detiene su brazo. El rey entonces dice á sus súbditos: —¿I á ver qué novedad ocurre y qué significa esa densísima polvareda y ese alboroto descompasado. Mar ha el gran visir, y ve un gentío innumerable como un enjambre de langostas que van voceando desolación y desdicha. Regresa el visir al palacio y dice al rey: —¡Ay, señores! Que tenemos aquí una hueste inmensa que viene invadiendo montes y valles. El rey, con estremo por esta noticia, prorrumpió: —

—¿Cuál puede ser el motivo de semejante sorpresa? Vuelve, visir, entérate qué es el caudillo, salúdale y dile que si es por venganza contra algún individuo estamos prontos á auxiliarte; tráeme pronto la respuesta. Sale el visir de la ciudad, y oree su asombro al ver como las oleadas de la soldadesca siguen más y más ocupando montes y valles. Pasa por los campamentos de varias divisiones desde la madrugada al mediodía, hasta que por fin llega á la tienda del rey, donde se encuentra con el poderoso monarca, ostentando extraño boato. —Besa la tierra,—le vetea su adalid. Lo hace así, y se levanta; pero le están gritando por dondequiera con tal estruendo, que está de miedo á punto de caer de nuevo en el suelo. Por fin cobra ánimo, y dice: —¡Oh, gran monarca, el Señor os conceda dilatada vida y engrandezca vuestro poderío; mi rey os saluda y besa la tierra ante vos, y luego se arroja á preguntaros con qué motivo venis por acá, y os brinda con su auxilio. —En nombre del rey extranjero,—contestó su visir, mediando la vena de este poderoso monarca,—vuelve á tu rey y dile: —El poderío y reverenciado sultán reclama á su hijo, que vino hace ya tiempo á este país, y desde entonces nada ha sabido de su paradero; participaselo al punto y lo recojo y me retiro con él. Pero si padeció algún quebranto, desde luego llevo á fuego y sangre vuestro país, sin que venga á quedar la menor huella de vosotros, saqueando vuestros bienes y dando fin de vuestros guerreros. A lo dices á tu señor, y tráenos la respuesta antes que nuestra gente pase á poner por obra el intento que traemos. Entonces el visir besa la tierra veinte veces en señal de obediencia, y por fin se va sobresaltado en el alma, tanto por sí como por los suyos. Llega a su rey y dícele en seguida: —¡Si, poderoso es el sultán que nos acusa; ha perdido un hijo en vuestros Estados, y es el mismo que tratáis de ajusticiar. ¡Alabado sea el señor, por no haberos atropellado, pues si no, ya estaría este país talado y destruido! —No se debe á tu consejo,—le contesta el rey. Manda en seguida que se presente el sayón, y le grita: —¿Dónde está ese manco... el príncipe?

—Señor, me mandasteis ejecutarlo. —¡Ah, perro mandástelo! dícele el rey—. Vas a seguir. Vas al verdugo que el rey se pone furioso contra él, contándole muy ufano: —Señor, vive todavía. El rey le manda que inmediatamente se le traigan, y cuando le tuvo en su presencia: —Hijo mío, estoy pidiendo perdón á Dios por vuestra causa; mas no perdónáis á vuestro padre las tropelías que un engaño me ha hecho cometer con vos. —Con vuestra amencia,—replicó el príncipe,—no me aparto de este lugar hasta que mi honor y el de vuestra hija queden acrisolados. Temed entendido que vuestra hija es pura, y así os lo afirma bajo su palabra el hijo de un rey; no siendo así, vengan los filos de ese alfanje á cercenar este cuello. —¿Dónde la verdad?—repuso el rey—. Decidme sin reboso, y no abreviemos á tanto desdoro. —Gran rey,—añadió el príncipe,—vuestra hija es una doncella discreta y recatada, sin que el menor lunar empiece su pudor. Gozosiísimo el rey al oír esto de la boca del príncipe, lo abraza y le manda preparar un baño costosísimo, lo engrana hasta lo sumo y luego le corona dignamente las sienes. Lo manda acompañar con todo esplendor y señoría á los brazos de su padre, y antes de partir le dice el rey: —Hijo mío, no hay que revelar á vuestro padre nuestras ocurrencias, pues te que Dios se ha dignado traerlas á tan feliz desenlace. Decidle al mismo tiempo si será de su agrado que vaya yo en persona á visitarle. —Quedareis complacido en todo,—le contesta el príncipe. En este momento cesó Scheherazada de hablar al observar que ya era de día, y á la noche siguiente continuó así: —

Parte inmediatamente el príncipe al encuentro de su padre, y al penetrar en el campamento todo el ejército lo vitorea, tributándole al rey mil parabienes por el feliz encuentro de su hijo. Dase á conocer el príncipe á la tropa, y todos se afanan por mirarle, pasándose de que ten gran príncipe se allanase hasta aquel extremo. —